

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUEITO. 10 CÉNTS.

AÑO V.

MADRID, 3 DE ABRIL DE 1910.

NUM. 118.



EL SUEÑO DE CARLITOS

Legó la hora de estudiar, y Carlitos, por obediencia, pero sin ninguna gana, se fué á su cuarto, y sentándose ante su mesita de trabajo, abrió el libro.

¡Qué cosa tan pesada tener que estudiar! ¡Habiendo tantas diversiones tan preciosas estarse una hora lo menos leyendo y repitiendo aquellas páginas tan pesadas! ¡Qué aburrimiento!

Ayuntamiento de Madrid

Carlitos quiso dos ó tres veces sacar tuerzas de flaqueza y ponerse á estudiar de una vez; pero no podía. ¡Le entraba una pereza y un sueño! Y cuanto más tardaba en empezar más tedio le inspiraba el estudio. Empezó á bostezar y á estirarse, y á poco comenzó á dar cabezadas y acabó por quedarse dormido sobre el libro.

Mientras el cuerpo del muchacho quedaba allí inerte, su espíritu echó á volar por las regiones del ensueño.

¿Queréis saber lo que soñó Carlitos? Pues escuchad tal y como él mismo me lo ha referido:

Pues, señor, que sin saber cómo ni cuándo, me encontré en medio de un campo, y cuando me preguntaba cómo había llegado hasta allí, se me presentó una viejecita de esas que nos pintan los cuentos de hadas, la cual me dijo:

—¿Ves esa posesión hermosísima que se extiende leguas y leguas? Pues es una finca que produce al año miles de duros. ¿Te gusta? Pues te la regalo, con una condición.

—¿Con cuál?—me atreví yo á preguntarla, admirado de aquel regalo tan magnífico.

—Con la condición de que no la has de vender ni arrendar, sino que has de dirigir tú mismo su cultivo. Ahí están á tus órdenes cientos de operarios, máquinas y ganado. Tienes todo lo necesario, y ya puedes empezar á dirigir la labranza.

Yo bajé la cabeza avergonzado y triste. ¿De qué me servía el regalo si no podía cumplir la condición? Yo no sabía una palabra de agricultura.

Seguí mi camino y anduve más de una legua, hasta que, fatigado, me senté en una piedra y á poco ya estaba ante mí otra vez la viejecita.

—¿Qué—me dijo,—estás muy cansado? ¿No te gusta ver tierras?

—Sí que me gustaría, pero no puedo andar.

—Tonto, pues ¿para qué está el tren?

Y en el acto silbó la locomotora y se presentó un tren precioso.

—Este tren te llevará á todas partes donde tú quieras ir, porque desde ahora te lo regalo.

—¿Y adónde va este tren?—la pregunté.

—Adonde tú quieras, con la condición de que tú digas por qué pue-
los ha de pasar y en qué dirección debe ir.

—¡No sabré—la respondí muy triste;—no conozco la geografía!

En cuanto descansé seguí mi marcha y me encontré entre unos montes. Empezaba á tener miedo de verme allí solo, cuando la viejecita se me apareció de nuevo.

—Me he empeñado en protegerte aunque tú no quieras—me dijo, y aquí tienes un regalo mejor que los anteriores. ¿Ves todas esas cuevas entre las piedras? Pues son minas que valen millones. Te te las doy en cuanto me digas los tesoros que contienen. Hay oro, esmeraldas y hasta brillantes.

—No se canse usted, señora; no me sirve de nada regalo tan precioso, porque no entiendo ni jota de minerales.

—¡Vaya!—me contestó.—Veo que va á haber que darte el dinero contante y sonante.

Aquella oferta me alegró el alma, porque en teniendo yo el dinero, ya me sería fácil tener todo lo demás, aunque no supiera una palabra de las otras cosas.

—Mira—me dijo señalando á un magnífico edificio,—ese es un Banco. Ahí están los millones que yo te ofrezco, pues te señalo una buena participación en sus enormes ganancias. Para esto no necesitas saber grandes ciencias. Únicamente es preciso que examines las operaciones y ajustes la cuenta de lo que deben darte.

No lo pude remediar y me eché á llorar. Después de creerme dueño de una gran fortuna, me encontraba otra vez sin un céntimo, porque, ¿cómo iba yo á hacer aquellas operaciones sin saber contabilidad?

En esto oí un estrépito muy grande. Sonaban tiros; se escuchaban alaridos espantosos, y envueltos en una nube de polvo, aparecieron un sinnúmero de salvajes, medio moros, medio indios.

La viejecita me dijo riendo:

—No temas ni te asustes, que aquí tienes un ejército para defenderte. En efecto, á mi lado apareció un brillante ejército. ¡Infantería, artillería, caballería... de todo!

—¡Animo!—gritaba la viejecita.—¡Animo, Carlitos; todos te obedecerán en cuanto tú les mandes! Anda, dirige la acción...

¿Qué iba yo á dirigir, Dios mío, sin saber una jota de táctica?

Ya me creía muerto, cuando mi incansable protectora me cogió de la mano, y me dijo:

—Ya que no puedes salvarte combatiendo, al menos te proporcionaré medios de huir y de ponerte en salvo. Sube.

Y me ayudó á subir á un aeroplano que rápidamente se elevó de la tierra y atravesaba el espacio con más ligereza que una golondrina. Allá abajo quedaban los enemigos con un palmo de narices. ¡Qué gusto! Yo volaba, volaba, pero de pronto el aeroplano dió una sacudida, y yo, temiendo caerme, me agarré á una de sus palancas. ¡Captulum! El aparato dió una voltereta y luego subió, y de repente comenzó á bajar, y como una flecha, se dirigió á la tierra. Yo, viendo que iba á estrellarme, me desvanecí, y cayendo de la altura, vine á dar de cabeza... ¿dónde dirá usted? Pues contra el libro abierto de mi mesa de estudio, porque al caer me desperté y me encontré delante del libro abierto. Me restregué los ojos, me di cuenta de que estaba sano y salvo, y con gran alegría me enteré de que todo había sido un sueño. Un sueño que me hizo ponerme á estudiar de veras, convencido de que para todo lo de este mundo se necesita saber, y que para saber hay que estudiar, porque las cosas, no hay que darle vueltas, tienen que empezarse... por el principio.

CARLOS LUIS DE CUENCA.



FILARMONIA INFANTIL

Paquito, Paquito y Julito son tres caballeritos importantes, muy aficionados á la música; ya verán ustedes.

Son tres hermanos, y guiados por la indispensable institutriz francesa, se dirigen al teatro Real á ver *Lohengrin* en función de de tarde.

Se encuentran por el camino á Ricardito, que es todo un doctor que sabe más que los siete sabios de Grecia.

—¿Dónde vais, amigos?

—Psh... Pues... á la ópera... á eso de *Lohengrin*... ¿Te vienes?

—¿Cómo no...? Ya sabéis lo que á mí me divierte el teatro Real... Y, además, os enseñaré algunas cosas que vosotros no sabéis. Porque á ver... ¿quién ha hecho *Lohengrin*? ¿Lo sabes tú, Pepe?

—Vaya una cosa—contesta Pepe,—pues Zorrilla.

—Zorrilla... ¡ji, ji...! Zorrilla es el autor de *Don Juan Tenorio*.

—Bueno... *Don Juan Tenorio*... Me he equivocado... Es lo mismo

—Sí... Es lo mismo Zorrilla que Ricardo Wagner. Para que lo sepas, Pepe, Ricardo Wagner es el autor de *Lohengrin*.

—Ah... sí... Un músico francés

—No es francés, que es alemán.

—Alemán ó francés, lo mismo da.

—Lo mismo da; pero tú no lo sabías...

—Qué importancia se da éste ahora, y el otro día escribió en el colegio *huevo sin hache*.

—Porque no me fijé. Pero, ¿á que no lo hago ahora?

—Claro; como que te lo han dicho...

—Señores, dejemos estas cuestiones enojosas...

Hay que advertir que Ricardito procura imitar á su papá, diputado, cuando habla en el Congreso, y dice con frecuencia: *Señores, dejemos estas cuestiones... Señores, me levanto á hablar desde estos escaños... Señores, hay que tener la virtud cívica del sacrificio, etc., etcétera...* Toda esa serie de niñadas que divierten tanto todavía á los viejos chiquillos del Congreso y del Senado.

Y, en efecto, los cuatro caballeritos importantes, ó mejor, los dos que habían hablado, acuerdan dejar á un lado la enojosa cuestión de lo del huevo sin hache. Porque su honor de caballeritos distinguidos está también *muy por encima* de esa ridícula y misérrima hache que pudiera interponerse en esta divina ciudad del Buen Acuerdo, que con tanta perfección pueden levantar cuatro niños como éstos, y con tanta imperfección cuatro hombres como cualquiera de los que vemos en todas partes.

Y, zas, sin más, se entran de rondón en el teatro Real, y aparecen luego en un palco del piso segundo.

Empuña el maestro la batuta, y se dispone asimismo Ricardito á aplicar el temible escarpelo de su macerada y profunda crítica, la cual, por lo trascendental é imperante merece consignarse, si no en mármoles y bronces, en capítulo especial digno de toda meditación y respeto profundo, como haremos otro día.

ENRIQUE SANCHEZ TORRES



Ayuntamiento de Madrid

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

XIV

Este es D. Juan I, papá.

—Eso te digo, Juanito, para que me expliques lo que sepas de tu tocayo el Rey de Castilla. Y fíjate que no he dicho Rey de España, porque en realidad no podemos llamar así á ninguno de los que

reinaron antes de los Reyes Católicos, que fueron los que realizaron la unidad nacional, como ya sabemos.

—Sí, sí; el otro día lo dijimos.

—Perfectamente. Venga, pues, la historia de D. Juan I.

—Era hijo de D. Enrique II, á quien sucedió, y estaba casado con doña Leonor de Aragón, que le dió dos hijos, D. Enrique y D. Fernando, y murió al dar á luz una princesa, que la sobrevivió muy poco.

—Está bien, está bien.

—Casó después con doña Beatriz de Portugal, y por defender sus derechos á aquella Corona puso cerco á Lisboa, teniendo que abandonar su propósito porque diezmó sus tropas una terrible epidemia. Volvió al año siguiente y fué vencido en la memorable batalla de Aljubarrota. Aparte de esta desgracia, D. Juan I tuvo un reinado feliz, conjuró las pretensiones de los ingleses á la Corona de Castilla y dió muy buenas leyes á su pueblo, oyendo siempre el parecer de las Cortes, que reunió con frecuencia. Murió á los treinta y dos años de



JUAN I

edad y once de su reinado, á causa de una caída del caballo.

—Se ve que á D. Jenaro le ha sido simpático este Rey, y no está mal, porque todos los historiadores le celebran fundándose en el testimonio de las crónicas de su tiempo. Ahora que se le han olvidado dos detalles algo interesantes de su reinado.

—¿Cuáles son?

—Uno, que ordenó que desde entonces se contaran los años por los del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Y el otro?

—Que en su tiempo empezó á llamarse príncipe de Asturias al heredero del Trono.

—¡No lo sabía!

—Ya ves que ambos son interesantes. Y ahora vamos con su compañero de alojamiento, digámoslo así. Es D. Alfonso XI.

—Alfonso XI sucedió á su padre, D. Fernando IV, cuando sólo tenía poco más de un año, por cuya razón estuvo bajo la tutela de su abuela, doña María de Molina, cargo que se disputaron con encarnizamiento varias personas.

—Sí; algunos nobles é infantes, porque entonces era el reino una especie de refugio de gallos.

—Restauró el orden interior en la Monarquía, y alcanzó en el exterior grandes triunfos contra los Reyes moros de Granada y de Marruecos en las famosas batallas del Salado y de Algeciras, con lo cual quebrantó por completo el poderío de la morisma, comunicando al Africa con España y dejando aislados á los moros de Granada.

—Eso es verdad. Y bien puede considerarse á este Rey, en ese sentido, como un precursor de D. Fernando y doña Isabel, los cuales, como ya sabemos, expulsaron totalmente á los moros de España. Don Alfonso XI les desbrozó el camino.

—Fué un buen Rey.

—En eso ya no están conformes por completo todos los autores. A mí, sin embargo, no me parece malo, y eso que dejó una herencia muy desagradable: la guerra civil. ¿Con quién estaba casado?

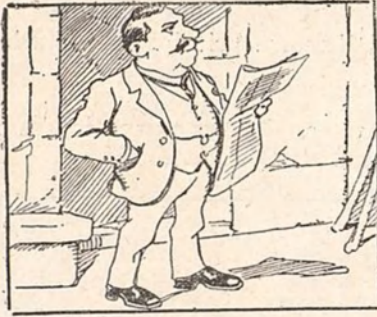
—Con doña María de Portugal, de quien tuvo á D. Pedro.

—Exacto. El que fué después D. Pedro I. Y ya recordarás que éste murió á manos de su hermano D. Enrique II, el *Bastardo*

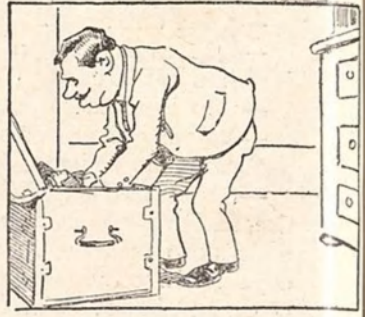
¡Cuántos disgustos originó esta bastardía!



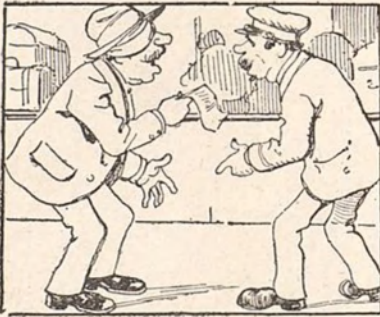
ALFONSO II



1. Don Cándido, rico propietario rural, decide ir á divertirse unos días á la corte.



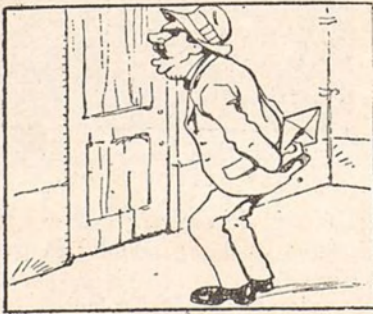
2. Y prepara su equipaje poniendo lo mejorcito de su vestuario, porque para eso lo tiene.



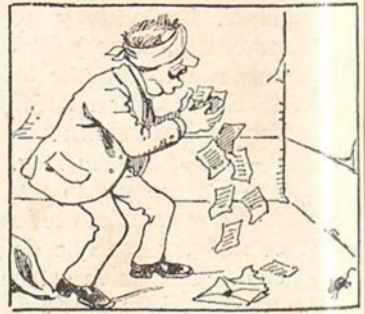
5. Con su ojo vendado va á recoger su equipaje, y se entera con horror que se ha extraviado.



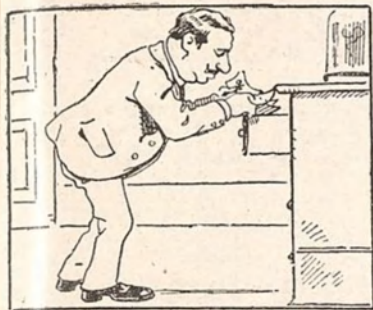
6. Al salir de la estación se le unen unos señores portugueses, que le proponen un magnífico negocio.



9. Por aturdirse en sus declaraciones le encierran en un calabozo en unión del sobre con el tesoro.



10. Pero cuando á solas va á ver su fortuna se encuentra ¡ay! con recortes de periódicos



3. Saca de la cómoda sus no pequeñas economías, porque para eso es el dinero, para disfrutar.



4. Por ir gozando en la ventanilla, se le mete una chispa en un ojo, que se le pone como un tomate.



7. Les entrega su dinero á cambio de unos documentos valiosísimos, y los despide cariñosamente.



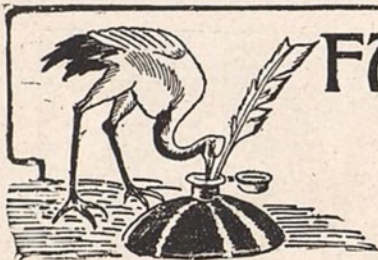
8. Un policía que le había visto con gente al parecer sospechosa le sigue y le detiene.



11. Deshecho el error, y después de una noche toledana, se presenta el policía y le pone en libertad.



12. Y él se encamina á pie á su pueblo diciendo entre suspiros: "¡Pues sí que me he divertido!"



FABULAS ESCOGIDAS

EL COMPRADOR Y EL HORTERA

Cuentecillo forjado por deleite
parecerá sin duda la contienda
que se trabó en Madrid en una tienda
de vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija
líquidos un muchacho madrileño,
y otro, según la traza, lugareño,
fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza
—dijo sin aprensión el forastero,—
despáchame ligero,
lléname bien la alcuza...

—Cuando sepas hablar en castellano
—le replicó el hortera—
sabrás que lo que tienes en la mano
se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cría
—contestó el provincial, enardecido—
alcuza siempre ha sido,
y alcuza le nombramos en el día.

—En tierra—dijo el otro—de garbanzos
corre por *aceitera* solamente,
y quien le ponga nombre diferente
ha nacido entre malvas y mastranzos.

El patán en sus trece se mantuvo;
le rechazaba el horterilla listo;
se incomodaron, y hubo,
por consiguiente, la de Dios es Cristo

A las voces y apodos,
cachetina siguió larga y furiosa...
¡Todo por una cosa
que se puede llamar de entrambos modos!

*Pueril extravagancia
es, pero comunísima en el hombre,
no poner en disputa la substancia
y reñir por el nombre.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH



LOS COMETAS

(CONCLUSIÓN)

—Pero es que dicen que como esos diablos de cometas tienen una cola muy larga, puede que tropecemos con la cola.

—Para eso haría falta que tuviera de larga veintidós millones de kilómetros y de ancha doscientos mil kilómetros.

—¿Pero de dónde diantre salen esos antipáticos cometas?

—Hijita, al observar los astros á la simple vista, parece que todos conservan entre sí las mismas distancias, pero cuando se practican observaciones más detenidas, se ve que algunos se van apartando de esta posición, como si anduvieran errantes, y de aquí nace la primera distinción que hacen los geógrafos entre estrellas fijas ó soles y estrellas errantes ó planetas. Nuestro sol es una de tantas estrellas fijas, alrededor del cual giran la tierra y otros planetas. Pues bien, los cometas son unos astros que, teniendo movimiento propio como los planetas, siguen unas órbitas muy distintas. Lo más característico de los cometas es su poca densidad y lo vago de sus formas, en las que se

suelen distinguir varias partes: el centro, más ó menos luminoso, que se llama núcleo; la cabellera, que es el resplandor que rodea al núcleo, y la cola, especie de reguero de luz que va dejando. Este reguero de luz va en dirección contraria al sol, como si éste, por medio de una corriente, rechazara la brillante humareda.

—¿Y son muy largas, verdad?

—Tremendas. La del cometa del año 1811 tenía treinta y seis millones de leguas.

—¡Atiza!

—Pues la cola del cometa de Gele tenía dos veces la distancia que hay de la tierra al sol, que es de ciento cuarenta millones ochocientos cuarenta y siete mil kilómetros.

—Sí que es una colita muy decente.

—Volviendo al cometa de Halley, que ha motivado nuestra conversación, os diré que lleva el nombre de este sabio porque á él se debe su descubrimiento. Comprobando las órbitas de cometas aparecidos en los años 1531, 1607 y 1682, observó que eran las mismas y dedujo de ello que se

trataba del mismo cometa. Consultó luego historias y crónicas y encontró la aparición de cometas en los años 1456, 1378 y 1301, y entonces, en vista de lo que habían tardado las sucesivas apariciones, pronosticó con toda seguridad que el cometa volvería á aparecer en 1758.

—¿Y acertó, abuelito?

—Acertó, y su fama quedó confirmada. Otros sabios quisieron averiguar si el cometa de Halley era ó no de formación reciente; hicieron estudios históricos y averiguaron que era muy antiguo, pues había aparecido en el año 12 antes de Jesucristo; en Enero del 66, después de Jesucristo; en Marzo del 141, en Septiembre del 989, en Abril de 1066, en Septiembre de 1309 y en Noviembre de 1378.

—Por supuesto, abuelito, que los astrónomos los conocerán también por su forma, porque con sus anteojos se les verá perfectamente.

—De eso de la forma habrá mucho que hablar, porque el mismo cometa suele variar de figura.

—¡Anda, salero!

—Este de Halley de que tanto estamos charlando, tenía en el año 1456 un núcleo tan brillante y determinado como una estrella fija y su cola variaba de longitud rápidamente, por lo que fué considerado como un genio maléfico. Cuando volvió á aparecer en 1531, el núcleo era menos brillante y la cola más corta: en 1607, el núcleo tenía una tinta oscura; en 1682, la cola era más larga que nunca; en 1759, no fué posible descubrir la cola ni con el más poderoso telescopio; en 1835 se veía á simple vista.

—¡Y ya se han matado dos personas de miedo!

—Esos desgraciados tenían perturbado el juicio y por eso han hecho tan terrible disparate. ¿Comprendéis nada tan absurdo como matarse por miedo á morir? Absurdo siempre el suicidio, lo es más todavía, hijos míos, cuando se comete en semejantes condiciones. Supongamos que creemos que nos vamos á morir dentro de dos meses y esto nos produce tanta pena que resolvemos morir mucho antes. ¿Dónde está la lógica?

—Será por creer que la muerte en la

catástrofe sería más espantosa quizá.

—Otro error, propio de un espíritu perturbado. Si el choque de un astro con nuestro planeta nos produjera la muerte, ésta sería tan instantánea que el sufrimiento sería nulo.

—Además, que como nos moriríamos todos, mal de muchos...

—¡Consuelo de tontos! Tranquilicémonos. Aunque los cometas son muchos y se mueven en todas direcciones, es el espacio inmenso en comparación con su tamaño, y un caso de choque sólo podría ocurrir, según los cálculos, una vez por cada doscientos ochenta y un millones de veces. Ya veis si sería desgracia que fuera precisamente esta vez.

—Sí, abuelo, que sería raro, pero, de todas maneras, si ocurriera nos habíamos divertido.

—Aunque tuviéramos la malísima suerte de que de todos esos millones de veces que no pasa nada nos correspondiera á nosotros el caso peor, no por eso nos destruiría, como creen los ignorantes. Los sabios nos dicen que la densidad de los cometas es tan pequeña que no podría hacer gran daño á la tierra.

—De todos modos, yo estoy deseando que pase y no vuelva.

—Volverá dentro de setenta y seis años, como de costumbre.

—Y si no es ese, vendrán otros, porque son muchos, ¿verdad?

—Se conocen hasta ahora unos 700, pero sólo se han calculado las órbitas de 200 y el tiempo de su revolución sólo es conocido en unos 40. Y basta de cometas, que me estoy aquí charlando y tengo mucho que hacer. Quedamos en que es una solemnísima tontería creer que los astros que siguen los caminos que les trazó la eterna sabiduría anuncian males ni bienes, y que si esta creencia supersticiosa es impropia de personas instruídas, es también tonto pasarse la vida temblando y desesperándose porque se va á acabar el mundo cada vez que un cometa aparece á nuestra vista. Dejáos de pensar en los cometas celestes y haced una buena cometa con su magnífica cola, de esas que se elevan por los aires y aparecen y desaparecen cuando al dueño se le antoja.



RELATOS DE CAZA

AL AMOR DE LA LUMBRE

Por la noche, junto al hogar donde chisporroteaban unos troncos de encina, mientras fuera rugía el viento y la lluvia tamborileaba en los cristales, Juan Racine contaba á sus nietos una de las muchas aventuras que corrió en su mocedad estando de colono en Méjico.

—Era una hermosa tarde—les dijo,—y, encontrándome con ganas de dar un paseo, cogí la escopeta y me encaminé á un monte cercano por una vereda que, como una amarillenta cinta, corría entre las verdes plantaciones. El cielo estaba azul; un calor bastante intenso hacía irrespirable el ambiente, y los rayos del sol se quebraban rudamente contra las rocas, contrastando sus escuetos perfiles y dentadas crestas con las sombrías oquedades de los barrancos. Como mi objeto no era precisamente cazar, en cuanto hallé un sitio á mi gusto me senté, y dije: “Aquí me sorprenda la noche”, pues así como ahora resulta agradable sentir junto á la lumbre cómo ruge fuera el temporal, así, entonces, daba gloria estar libre del asfixiante bochorno en aquella apacible penumbra, regalo de unos altos y copudos árboles, cerca de un manso arroyo que, al correr por las quiebras de las peñas, formaba varias y diminutas cascadas, encanto de los oídos por su murmullo. Un buen rato llevaría disfrutando tales delicias, cuando, abriendo los adormecidos ojos, vi, en lo alto de una gigantesca roca que frente á

mí se alzaba, la figura clara y distinta de un animalejo, del tamaño de un gato, recortada sobre el fondo del cielo intensamente azul. En seguida despertó en mí el ansia de matarlo, y, levantándome, avancé hacia él procurando que me ocultaran las hierbas un poco crecidas. De esta manera logré llegar al pie de la roca; pero, al ponerme de pie, el animal, que estaba de espaldas, expelió un líquido viscoso que me alcanzó la cara y el pecho. ¡Santo Dios, y qué nauseabundo era...! Ni una cloaca, ni un pozo negro, ni un alperchín, ni cuanto os podáis imaginar de pestilente sufriría comparación con ello. Desesperado y medio asfixiándome tiré la escopeta y, como un loco, corrí monte abajo. Ya en la llanura me acerqué á una casa; pero no bien me olieron



cuando las vacas comenzaron á estornudar, los perros á huir y los amos á cerrar puertas y ventanas y á gritar:

—¡Váyase de aquí...! La mofeta le ha tocado...

Viendo que nadie me amparaba, pues esta operación se repitió en varios sitios, y lleno de asco, me desnudé del todo y me tiré á una especie de alberca, donde me estuve lavando un buen rato. Después abandoné la ropa y, vestido como pude de hojas y hierbas, regresé á casa cuando ya había anochecido... ¿Qué os parece, hijos míos...?

—¿Hay por aquí bichos de esos...?—dijeron todos asustados.

—No—contestó el abuelo;—pero hay personas viciosas, de las que tenéis que huir porque su aliento es más pestífero que el líquido de las glándulas anales de la mofeta...

JOSÉ A. LUENGO

FRAY MELCHOR CANO

Desde que Lutero alzó su voz para declararse rebelde á la autoridad del Papa, la Orden de los Dominicos, que tenía en sus filas grandes teólogos, se preparó á combatir y deshacer los efectos y las doctrinas que aquél y sus secuaces avenaban por todo el Norte de Europa, distinguiéndose

en mantener la suprema é indiscutible soberanía del Pontífice dentro de la Iglesia el que fué obispo de Canarias, el hijo de Tarancón (Cuenca) fray Melchor Cano.

Su familia era de las principales de entonces, perteneciendo á ella el amoso náutico Sebastián del Cano, así como otros esclarecidos varones. Nació el *Cicerón de España*, epíteto que mereció por la corrección de su elocuencia y por su conocimiento de la lengua latina, en 1509.

Contemporáneo de Vives, de Juan y Alfonso Valdés, ambos grandes escritores, y el último personaje importantísimo en su tiempo, secretario del Emperador y grande amigo del príncipe de los humanistas europeos Erasmo de

Rotterdam, de López Villalobos, del cordobés Hernán Pérez de Oliva, de Pero Mexia, del aristocrático y sutil literato Pedro de Rivadeneyra y del gran orador y místico fray Luis de Granada, educó su poderosa inteligencia cultivando el saber netamente español de los siglos medios, leyendo y estudiando las obras de la antigüedad que resuscitaba el Renacimiento, así como oyendo á los grandes maestros de la Universidad salmantina y á los sabios religiosos Diego de Astudillo y maestro Francisco Victoria en las aulas del célebre convento



de San Esteban, que la corporación de Domingo de Guzmán tiene en la Atenas española.

Ingresó en aquella comunidad el año 1523, á poco de haber cursado en Pastrana los primeros cursos de latinidad, y en 1524 tomó el hábito é hizo los votos de religioso. Los padres de la Orden, que siguieron paso á paso los gigantes que daba Cano en el cultivo de las ciencias, le honraron con sus predilecciones y con el cargo de profesor de los suyos, que ejercitó también, pues vacante la cátedra de Teología de la Universidad de Alcalá, le obligaron á que en público concurso la ganara. A la muerte de Victoria, que lo era de la misma asignatura en la de Salamanca, de nuevo le alentaron á que sucediera á su maestro, y en estas oposiciones se hizo tanto de notar que comunidad y pueblo de Salamanca celebraron sus éxitos. El emperador Carlos V había imitado mucho en la reunión del célebre Concilio de Trento, y á él mandó en 1551 á Melchor Cano, de quien se cuenta que, al estrenarse como orador en la gran junta, se propuso como prelude vindicar la honra de su patria. Sabedor de que los extranjeros tenían en poco la instrucción de los españoles, y de que los italianos los apellidaban *bárbaros* por su mal latín, comenzó así una elocuentísima peroración latina: "*Barbaras iste loquitur*", y tras de la ironía del apodo echó un raudal de doctrina en lenguaje tan culto, elocuente y flúido, que no les quedó ganas á los detractores de reproducir, ni aun en chanza, la burla.

Aparté sus notables obras de Teología, escribió este gran ingenio un *Tratado de la victoria de sí mismo*, que es el primer libro de educación de la voluntad escrito en castellano, y cuyo lenguaje es de una viveza y una gracia que no tienen iguales. Admirable cosa son también las *Cartas* de este autor.

Su oratoria, su cultura y sus dotes políticas le llevaron á los más altos empleos de su Orden, y por designación de Carlos V, rindiendo justicia á su mérito, á la silla de las Islas Canarias, cuyo obispado no ocupó más de un año.

Fué con Bartolomé de las Casas defensor acerrimo de los indios, y enemigo de los escritos y persona de fray Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo. Su valía era de las que honran á un país, pero tenía el defecto de estar sobrado orgulloso de sí mismo y de no tener siempre para los demás aquella benevolencia á que le obligaba su talento, su condición y la dignidad á que había llegado.

Por bastante tiempo fué tenida en entredicho su doctrina; pero, cuando ya libre de la mala opinión ajena, visitaba á Felipe II en Toledo, en 1560, para recoger el fruto de la justicia que se le debía, enfermó en la imperial ciudad, teniendo el cargo de provincial de su Orden, muriendo en ella, á los cincuenta y dos años, el 30 de Septiembre. Fué una de las glorias que más brillaron en el Concilio de Trento.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEIVA